



Jornada del Presbiterio

Asamblea diocesana. 12 de Septiembre de 2016

La Palabra de Dios nos ilumina hoy en relación con dos aspectos fundamentales de la renovación espiritual y pastoral, que han quedado reflejados en el Documento de trabajo para las Sesiones Finales de la Asamblea Diocesana: La fe en la fuerza de la Palabra del Señor; la comunión que nace de la Eucaristía.

1. La fe del Centurión. Este funcionario romano es un hombre religioso, que respeta y promueve positivamente la religión judía; es de buen corazón, ama a su criado enfermo y hace cuánto está en su mano para alcanzar su curación; conoce bien las costumbres judías respecto de la entrada en la casa de los paganos y no las toma como desprecio, sino que las acepta con gran respeto y humildad; esta humildad sirve de fundamento a su profunda fe; ha oído hablar de Jesús y de sus milagros de curación de enfermos, y ha creído en su poder de curar a su criado, pero no se ha considerado digno de pedir la curación personalmente a Jesús, ni de que Jesús llegue a entrar en su casa, ni siquiera de presentar ahora esta confesión de humildad ante el mismo Jesús. *“Envió unos amigos a decirle: Señor, no te molestes, porque no soy digno de que entres bajo mi techo... Dilo de palabra y mi criado quedará sano”*. La explicación posterior es un reconocimiento de que la palabra de Jesús tiene la autoridad de Dios y hace realidad lo que dice. Esta fe humilde y confiada obtuvo de Jesús no sólo la curación del criado, sino también el mayor reconocimiento, expresado así por el evangelista: *“Al oír esto, Jesús se admiró del él y, volviéndose a la gente que lo seguía, dijo: ‘Os aseguro que ni en Israel he encontrado tanta fe’”*. (Lc 7, 9).

La fe del Centurión es de tal calidad, que integra de forma armónica actitudes correspondientes a dimensiones básicas de la existencia humana: apertura a la verdad y respeto a las convicciones ajenas; humildad y amor solícito, confianza en el poder de Dios.

En el texto de Mateo, Jesús declara esta fe del Centurión como profecía y anticipo de la fe de muchos que vendrán de oriente y occidente y se sentarán en el reino de Dios (cf. Mt 8, 11). Y esta confesión de fe del Centurión es propuesta por la Iglesia para todos los fieles antes de recibir el Cuerpo eucarístico del Señor. La fe del Centurión ha sido asumida por la Iglesia como modelo para todos los fieles.

2. Cuidar la calidad de nuestra fe. Queridos hermanos: por experiencia diaria y constante sabemos que la fe, y la experiencia del amor que ella suscita, es la motivación de nuestro renovado impulso misionero y de nuestra alegría en el ejercicio del ministerio pastoral. Y la misma experiencia nos obliga a reconocer que la dificultad, el escaso fruto o el aparente fracaso en nuestra tarea, nos cansan, desalientan y pueden



Carlos López Hernández

llegar a afectar a la misma fe en la misión, si dan lugar a “un desconcierto crónico”, o a “una acedia que seca el alma.” (EvGa 277).

Por ello es tan decisivo que acojamos con determinación la antigua exhortación de Pablo a Timoteo: “*Te recuerdo que reavives el don de Dios que hay en ti por la imposición de mis manos*” (Tim 1, 6); así como a los presbíteros de Éfeso: “*Tened cuidado de vosotros*”, “*estad alerta*” y encomendaos “*a Dios y a la palabra de su gracia, que tiene poder para construïros y haceros partícipes de la herencia con todos los santificados*”. Así podréis cuidar “*de todo el rebaño sobre el que el Espíritu Santo os ha puesto como guardianes para pastorear la Iglesia de Dios, que él se adquirió con la sangre de su propio Hijo*” (Hch 20, 28. 31.32).

El Papa Francisco nos ha recordado que **la calidad de nuestra fe se ha de cuidar en la oración y en el trabajo pastoral**. “*Sin momentos detenidos de oración, ... las tareas fácilmente se vacían de sentido, nos debilitamos por el cansancio y las dificultades y el fervor se apaga.*” (EvGa 262). “*La mejor motivación para decidirse a comunicar el Evangelio es contemplarlo con amor, es detenerse en sus páginas y leerlo con el corazón. Si lo abordamos de esa manera, su belleza nos asombra, vuelve a cautivarnos una y otra vez.*” (EvGa 264).

En la **contemplación de la vida de Jesús**, gustando de forma constante su amistad y su mensaje (cf EvGa 266), descubrimos la riqueza de dimensiones, actitudes y ámbitos de desarrollo de la fe del pastor, y de su ejercicio gozoso y fructífero del ministerio. Es imprescindible para un ministerio gozoso y equilibrado en sus funciones, que eduque la fe de los fieles y edifique la vida de la comunidad en la plena comunión con la Iglesia.

Si **Jesús está presente en el corazón de la misión**, descubrimos que el Evangelio responde a las necesidades más profundas de las personas y crece la pasión y la alegría en la entrega misionera (cf EvGa 265.266). La pasión por Jesús suscita la pasión por su pueblo y el gusto espiritual de ser pueblo amado de Jesús. Cautivados por Jesús, nos integramos a fondo en la sociedad, “*compartimos la vida con todos, ... como una opción personal que nos llena de alegría*” (EvGa 269). Y el amor a la gente se convierte en una fuerza espiritual que nos lleva al encuentro más pleno con Señor y a la mayor calidad de nuestra fe de discípulos y apóstoles.

En la contemplación experimentamos que el Espíritu del Resucitado hace presente en el mundo el Reino de Dios, y está desarrollándose aquí y allá, de diversas maneras: como la semilla pequeña que puede llegar a convertirse en un gran árbol (cf. Mt 13,31-32), como el puñado de levadura, que fermenta una gran masa (cf. Mt 13,33), y como la buena semilla que crece en medio de la cizaña (cf. Mt 13,24-30). Y como no siempre vemos esos brotes, nos hace falta la certeza interior de que Dios puede actuar en cualquier circunstancia, de que quien permanece en Jesús da fruto abundante (cf Jn 15, 5), también en medio de persecuciones y aparentes fracasos (cf 2 Co 4,7); y estamos seguros de que la entrega a Dios por amor siempre será fecunda, aun sin saber cómo, ni



dónde, ni cuándo. Esta certeza es el “*sentido de misterio*”, que nace de la fe. (cf EvGa 279).

3. Llevar a la fe en Jesús con la pedagogía de la oración. Considero necesaria esta pedagogía en un doble sentido. *Primero: Suplicamos el don de la fe.* Vivimos en un desierto espiritual y en él debemos mantenernos alegres con lo esencial de la fe, que nos motiva a orar de forma incesante **pidiendo como mendigos el don de la fe para el hombre de hoy**. La fe cristiana tiene que ser hoy una “*fe suplicada*” al Señor, como don. *Segundo: ofrecemos el don de la fe* a generaciones nuevas, que viven como un dato cultural normal y natural la ausencia de Dios. Este es el nuevo campo donde el Señor nos sitúa para *suscitar una renovada espiritualidad cristiana mediante la iniciación a la oración*, en sus variadas formas de ejercicio.

El proceso de cada persona hacia la fe integra diferentes aspectos, en la búsqueda y en la acogida del anuncio, en las razones para la apertura a la fe y en la atracción por el testimonio de los verdaderos discípulos. Pero ya tenemos todos muy claro que el resultado final del proceso hacia la fe sólo es el resultado de un encuentro con la persona de Jesucristo. Y este encuentro se experimenta y vive de forma personalizada como encuentro de fe en el diálogo de amor con Jesús que es la oración. A la luz de esta convicción fundamental hemos de revisar todos los procesos de iniciación en la fe, de formación de catequistas y demás evangelizadores, de acompañamiento personal y también de programación de la acción pastoral, de manera que la Palabra de Dios, escuchada, contemplada, celebrada y testimoniada en la vida, inspire, sostenga y acompañe toda la acción pastoral. En esta línea, el Documento de Trabajo de la Asamblea nos propone ofrecer un plan diocesano completo de acciones de pastoral espiritual y cuidar la espiritualidad de los procesos de iniciación y de preparación al sacramento del matrimonio.

4. La comunión que nace de la Eucaristía

El texto del capítulo 11 de la primera carta a los Corintios refleja la forma litúrgica primitiva de la celebración de la Cena del Señor en unión todavía con la comida de la comunidad. Los conflictos que Pablo denuncia se debían a una equivocada comprensión de la eucaristía, por parte de algunos discípulos, como “comida de inmortalidad”, de la que se participaba individualmente, descuidando el significado de edificación del Cuerpo de Cristo, que hace a los que celebran miembros los unos de los otros. Los miembros de la comunidad que eran esclavos y llegaban tarde, ya no podían participar en la comida material, sino que podían tomar parte únicamente en el sacramento. Pablo denuncia con fuerza esta forma de proceder, que causa más daño que provecho y es causa de división. “*Cuando os reunís en comunidad, eso no es comer la Cena del Señor, pues cada uno se adelanta a comer su propia cena, y mientras uno pasa hambre, el otro está borracho. ¿No tenéis casas donde comer y beber? ¿O tenéis en tan poco a la Iglesia de Dios que humilláis a los que no tienen... Por ello, hermanos míos, cuando os reunís para comer esperaos unos a otros*” (1 Cor 11, 20-22.33).



Carlos López Hernández

Ante esta situación, Pablo insiste en su enseñanza sobre la relación entre eucaristía y comunidad; y lo hace con el concepto cristológico y eclesiológico de Cuerpo de Cristo. Esta enseñanza la expone con más claridad en estos otros textos: *“El cáliz de bendición que bendecimos, ¿no es comunión de la sangre de Cristo? Y el pan que partimos ¿no es comunión del Cuerpo de Cristo? Porque el pan es uno, nosotros, siendo muchos, formamos un solo cuerpo, pues todos comemos del mismo pan”* (1 Cor 10, 16-17). *“Vosotros sois el cuerpo de Cristo y cada uno es un miembro”* (1 Cor 12, 27). Y *“Dios organizó el cuerpo... para que no haya división...sino que más bien todos los miembros del cuerpo se preocupen por igual unos de otros. Y si un miembro sufre, todos sufren con él; y si un miembro es honrado, todos se alegran con él”* (1 Cor 12, 24-26).

El examen que Pablo requiere de los corintios para comer el pan y beber el cáliz del Señor dignamente, es ante todo reconocer en ellos el Cuerpo y la Sangre de Cristo (cf 1 Cor 26, 31), pero incluye también reconocer a los hermanos como miembros del Cuerpo de Cristo, y vivir en unidad y amor con ellos.

La situación denunciada por el Apóstol en Corinto no es trasladable a nosotros de forma literal y directa; pero sí son de aplicar las orientaciones doctrinales dadas para la solución de aquel problema. La Eucaristía es el sacramento de la unidad del Cuerpo de Cristo, la fuente de la comunión y de la misión, la fuente de la comunión en la misión. La comunidad cristiana se edifica en la unidad y en la misión en la celebración de la eucaristía (PO 6).

La comunión encarna la esencia misma del misterio de la Iglesia y “es el fruto y la manifestación de aquel amor que, surgiendo del corazón eterno del Padre, se derrama en nosotros a través del Espíritu que Jesús nos da (cf Ro 5,5) para hacer de todos nosotros ‘un solo corazón y una sola alma’ (Hch 4, 32). Realizando esta comunión de amor, la Iglesia se manifiesta como ‘sacramento’, o sea, como ‘signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad del genero humano” (Juan Pablo II, NMI 42).

La Asamblea diocesana nos llama a una reforma que conduzca a fortalecer la **“comunión espiritual”** en todo el pueblo de Dios; a vivir la comunión entre sacerdotes, laicos y religiosos; y entre las comunidades parroquiales y otras instituciones de la diócesis, para llevar a cabo una verdadera misión compartida. Con el significativo lema **“¿cada uno en su barca o navegamos todos en una misma barca?”**, se nos ha llamado la atención sobre la comunión y coordinación necesaria para todas las iniciativas espirituales y pastorales existentes en nuestra Diócesis.

Con motivo de la Asamblea, nuestra Iglesia diocesana necesita volver a asumir el desafío que nos planteó Juan Pablo II al comienzo del siglo XXI: “Hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión”. Y promover una espiritualidad de la comunión, proponiéndola como principio educativo de los fieles cristianos, de los ministros, personas consagradas y agentes pastorales, así como de las familias y comunidades (NMI 43).



Carlos López Hernández

Espiritualidad de comunión es “capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico y, por tanto, como uno que me pertenece, para saber compartir sus alegrías y sus sufrimientos, para intuir sus deseos y atender a sus necesidades, para ofrecerle una verdadera y profunda amistad... Es también capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios: un don para mí, además de ser un don para el hermano que lo ha recibido directamente... Es saber ‘dar espacio’ al hermano, llevando mutuamente la carga de los otros (cf Ga 2,6) y rechazando las tentaciones egoístas que continuamente nos acechan y engendran competitividad, ... desconfianza y envidias. No nos hagamos ilusiones: sin este camino espiritual, de poco servirían los instrumentos externos de la comunión. Se convertirían en medios sin alma, máscaras de comunión más que sus modos de expresión y crecimiento” (Juan Pablo II, NMI 43).

Por nuestra parte, el Obispo y los presbíteros hemos de alimentar cada día en la eucaristía la fraternidad sacramental y apostólica, y la “unidad de consagración y misión” (PO 7), recibidas con el sacramento del orden, así como la comunión y la misión de las comunidades integrantes de la Diócesis. Y el Obispo ha de llevar “según sus fuerzas, atravesado en su corazón el bien, tanto material como espiritual” de los presbíteros. Sobre él recae de manera principal “el grave peso de la santidad de los sacerdotes”. La Asamblea diocesana es un cauce privilegiado para el ejercicio de mi responsabilidad de oídos de buena gana, de consultaros y de dialogar con vosotros sobre las necesidades del trabajo pastoral y del bien de la diócesis (cf PO 7). Y es especial motivo de alivio y gratitud que compartáis conmigo la grave responsabilidad de vuestra santificación y me ayudéis con vuestros consejos a un acompañamiento más cercano de vuestra vida y ejercicio del ministerio.

Salamanca, 12 de Septiembre de 2016